

EVITO EN LO POSIBLE MIRARME AL ESPEJO Y OTROS TEXTOS

Silvia Pérez Loose

Tu amor, mi enfermedad

Andrés Calamaro

Tu espalda huele a la mañana. Es una playa morena, dividida por un leve surco, donde mis dedos pasean sutilmente hasta alcanzar tus hombros. Esos pequeños huesos que los conozco de memoria.

Amo ese recorrido matinal, cuando es posible hacerlo. Mi palma llega hasta tu cadera que el tiempo no la ha engrosado. Sigue siendo la cadera de ese chico que conocí a los veintidós. Huelo tu nuca que es como el tronco de una caña de azúcar. Erguida, hermosa, lampiña. Enredo mis dedos en tu pelo ensortijado, que fue lo primero que me atrajo cuando te conocí.

Tu sueño profundo no percibe este periplo que hago por tu piel, eso convierte al rito en algo natural, elemental, primitivo. Beso tus ojos y cuando los abres, besas los míos aun soñolientos. Todo es silencioso en las mañanas. Siempre hay rincones para explorar. Tu escaso pelo rizado, tus pies rebeldes y planos, tus ronquidos, tus olores

El amor, la enfermedad, la puerta abierta, el caballo de Troya. Esta no será la última borrachera, a pesar de que hemos jurado que ya nunca más. Andrés Calamaro juntó en una canción las palabras amor y enfermedad. Nada más real.

Soy como un fruto que extrañamente no madura. Sigo pendiendo de una rama, cansada ya de sostener mi peso. Tus caricias son muy leves, no me desprendes. Pero abres tu boca y simulas mordirme.

De niña, mi juego favorito era guinguiringongo, me encantaba esa palabra, la repetía equivocándome deliberadamente y provocaba risas en mis padres. El amor de los padres no se logra comprende de niño, solo se traduce en una insoportable necesidad.

Me pregunto si nuestras vidas son un remedo del quinguiringongo, permanecer en equilibrio... No me empujes al vacío por favor. No cedas a la tentación, sé que la has tenido porque yo también. Me sumerjo en el manto azul de tus ojos, me zambullo en uno y salgo a tomar aire por el otro y me siento a salvo. Un cierto sabor salado, son tus lágrimas y las mías.

El olor de carne cruda, colgada en tronchos, rojiza, manchada de sangre ya muerta. Piedras que golpean y suavizan esa carne dura y necia. La precisión para cercenar la grasa y apartarla. A veces me siento como la carne y tú el carnicero, a veces lo contrario. A veces yo soy yunque y tú el martillo, a veces lo contrario.

Noche estrellada, huerto de luceros, tarde de agujajes, agujajes internos.

Tenerte a ti.

SOY LA NOCHE

Soy la Noche, la Noche que silenciosa mira el manto de la tierra que duerme. La luna es mi compañera. Me divierto tanto verla, a veces como un ala rota, otras como una espléndida esfera imponente, perla gigante. Nunca estás triste luna mía. En cambio, las estrellas pululan, me hacen cosquillas son traviesas y vanidosas.

Soy la Noche que apaña amores furtivos, alcahueta, acompaño a los caminantes solitarios. Los enamorados suelen levantar su mirada hacia mí como esperando una respuesta. En mi penumbra se refugian los animales más extraños que pueden existir, pero son inofensivos, tienen el mismo miedo que aquellos que se exponen durante la luz del día.

Soy la Noche que trata de abrazar a aquellos que no me temen al igual que amo a quienes prefieren no verme. Cuando cerramos los ojos todos tenemos una pequeña noche interior.

Soy la Noche que a veces se cansa de serlo, sin principio ni fin. Muchos me ven como el día, pero vestida con un disfraz lúgubre. Y yo trato de decir que no es así porque soy la Noche, aunque atada a la palabra oscuridad, soy feliz de serlo.



EVITO EN LO POSIBLE MIRARME AL ESPEJO

Evito en lo posible mirarme al espejo. Rehúyo hacerlo, aunque hay situaciones en las que es indispensable encontrarte con tu propia imagen. Cuando te miras al espejo, surge espontáneamente una especie de diálogo con esa imagen reflejada. En mi caso, trato de que sea lo más breve posible, me cuesta mirar a los ojos, a los míos, y a los de cualquier otro ser humano.

Un día, observando un antiguo retrato de mi abuelo paterno, me fijé en su mirada, era una mirada hacia adentro, y supe que yo era igual. Mis ojos, anatómicamente están ahí, expuestos, pero mi atención es hacia adentro de mí.

Evitar mirar a los ojos de un interlocutor, es algo muy mal visto, valga la ironía; no mirar a los ojos del otro es infinitamente interpretado por psicólogos, terapeutas, etc. La interpretación más común es que aquel que evade la mirada, guarda secretos, culpas, vergüenzas, impurezas, inseguridad y una larga lista que únicamente disminuye, como persona, a aquel que reserva su fijación óptica.

